

Capítulo I

Madrugada del 21 de octubre, 1529

El pasaporte se antojaba convincente: tinta de ciprés, papel veneciano con filigrana, lacre estampado con el León de San Marcos. Los falsarios del gabinete negro del secretario imperial conocían su oficio. El único inconveniente era la sangre, y ese era el problema de Julio de Castillo.

Los Alpes julianos se alzaban, lóbregos y eternos, allende el angosto valle de laderas quebradas. El aliento de las monturas de los dos jinetes embozados se desvanecía en el gélido viento de octubre. Los únicos sonidos que mancillaban la helada quietud de aquel mundo crepuscular eran el murmullo del agua y el rechinar de los cascos herrados sobre el pálido lecho de cantos y grava.

—¿Aún sangra? —Juanillo tiró de las riendas del garañón tordo.

—Apenas —respondió Julio, mientras vadeaba el cauce del Tagliamento con una herida en el costado izquierdo y la certeza de que aquella sería, de un modo u otro, su última misión.

—Ya. —El lansquenete manco sonreía mordaz. Lucía barba, y no por descuido: afeitarse con la zurda requería más esfuerzo del que estaba dispuesto a invertir en vanidad. Y, aun así, exhibía su deslavazado atuendo de colores estridentes y prendas acuchilladas como quien lleva consigo los últimos vestigios de su patria.

Llegaron al puente de Osoppo, un tosco entarimado sostenido por cerchas de roble. Allí el mundo se desdibujaba en la oscuridad: un borrón de luz bermeja teñía la niebla espectral que se aferraba entre los álamos de ribera. El río centelleaba como vidrio fundido y un solitario farol proyectaba un halo desvaído sobre una caseta de tablones ajados. Seis figuras emergieron del chamizo y los ojos zarcos de Julio brillaron, inquietos, evaluando cada detalle. La sangre le empapaba ya el sayo de cabalgar cuando un soldado vociferó en dialecto friulano:

—Pasaportes.

Cernide, concluyó Julio. Milicias reclutadas a sorteo entre los aldeanos del Véneto. El primero parecía joven —quizá veinte vera-

nos—, vestía un atuendo deslucido y, a juzgar por las costuras de los puños, de segunda mano. La panoplia, sin embargo, relucía: medio pavés de buen acero y, en la diestra, una partesana.

Tras rebuscar bajo el jubón de mangas abullonadas, Juanillo le entregó el documento. El otro soldado rodeó las monturas; sus botas raídas resonaron en la recia tablazón. Julio lo sintió detenerse a su vera, achacoso, mugriento, con el aliento apestando a vino y el rostro curtido como una bota vieja. El español extrajo su pasaporte y, al desplegar el papel, el *cernida* lo halló teñido de sangre.

Fue entonces cuando Julio temió por su vida. Observó a los seis milicianos y se imaginó a sí mismo en las mazmorras del Dogo: *il Pozz'i*, un tártaro lacustre donde las celdas se apiñaban en torno a una sima.

—¿De dónde vienen vuestras mercedes? —preguntó el soldado véneto.

—De Viena —respondió Juanillo con voz serena y un marcado acento bávaro.

Viena. El nombre de la ciudad austríaca resonó en la noche como una amenaza siniestra.

Siete jornadas, se dijo Julio. Ochenta leguas en caballos de postas a través de caminos enfangados, atestados de refugiados cargados con enseres; algunos maldiciendo, otros aterrados, todos huían. *Y todo para morir en un maldito puente porque un viejo borracho ha decidido ser diligente.*

—¿Guerra? —preguntó el veterano.

—El Turco —masculló Julio en lengua itálica, tratando de soteerrar su acento sevillano—. Traemos un despacho. Nos esperan en Ferrara.

Algo afloró en el avejentado rostro del miliciano; una mueca cómplice, o tal vez lástima. Examinó de nuevo el pasaporte, y después a Julio, a su costado izquierdo. El corazón del antiguo capitán palpitaba contra la herida. Contó los latidos: uno... cinco... ocho... diez... y al fin, el viejo soldado se hizo a un lado.

—Adelante.

Los caballos trotaron sobre el brozno tablado y Julio exhaló el aliento contenido. Bajo el jubón y la camisa de lino, la herida abrasaba como un carbón encendido. Cada trote se sentía como una puñalada.

Marcharon al galope con los ojos fijos en el aserrado horizonte.

La luna arrojaba su luz argéntea sobre un poblado sin nombre que quedaría grabado en la memoria del viajero como un mal recuerdo de gentes hurañas y malos presagios. Las puertas de las cabañas, cerradas a cal y canto; las callejuelas de tierra enlodada, vacías. Percibía Julio una quietud antinatural. No la clase de silencio que proviene de la paz, sino la que precede a una celada.

—Me miráis —masculló Juanillo—. ¿Acaso mi postura os revela algo?

Los labios de Julio se crisparon en una sonrisa tensa y forzada.

—Oteáis a todas partes, evaluáis las posibles vías de escape —replicó, azuzando al rocín—. Esta vez será la última.

—Eso ya lo he oído antes, capitán —bufó el tudesco.

—Ya no sois soldado, ni yo vuestro capitán. —La voz de Julio se hizo acero—. Hablo en serio: entrego el informe y nos vamos. Para siempre.

Cada misión le consumía más, cada herida sangraba más que la anterior, cada mentira pesaba más en su conciencia. Y, aquella noche, después de tres semanas de asedio y siete jornadas de marcha, Julio sentía que se le agotaban las fuerzas.

Dos faroles flanqueaban la entrada a la venta. Los troncos de una añosa parra se retorcían entre el armazón que sostenía el cobertizo del portón entreabierto. Descabalgó Julio ante él y su mirada recorrió el suelo enfangado del patio. Para cualquier otro, habría barro, orines, estiércol. A él, aquella podredumbre le contaba una historia. Alzó la vista y se encaró al lansquenete.

—Quedaos aquí —dijo, trasudando.

Ceñudo, Juanillo volvió el rostro hacia él.

—¿Qué?

—Esperadme aquí. Si no regreso en media hora, marchaos.

El germano no se inmutó y le siguió bajo el arco que daba al patio con un abrevadero y los corrales para el ganado en tránsito; una escalera conducía a la galería del piso alto y el comedor se hallaba en la planta baja. Una luz ambarina se filtraba a través de los pergaminos de las ventanas; resonaba el entrechocar de la loza y el murmullo de las conversaciones susurradas.

—¿No me haréis caso? —Julio se detuvo de nuevo para girarse.

—No. —Las botas del tudesco se arrastraron por el cenagal—. Ya no soy soldado, ni vos mi capitán.

Consideró Julio la idea de discutir, y la descartó de inmediato. A

veces se preguntaba si una parte de su viejo camarada, la que contenía la lengua, había quedado enterrada en Milán junto con su mano.

Caminaron hacia el lóbrego zaguán que conducía a los establos. En el muro enjalbegado veíanse anillas de hierro para atar las caballerías y, recostado en el henil, un mozo de cuadra se envaró al verlos. El andaluz le arrojó una moneda para que almohazara los caballos. Ante la puerta del comedor, se abotonó el jubón hasta el cuello. Se ajustó la tizona. Se ajustó el alma entera y se dispuso a tirar del pomo.

La madera primero se atascó, luego resonó un chirrido y el hedor les golpeó de súbito: sudor rancio y vino agrio. A un costado de la entrada, un atezado portero les escrutaba; chato de narices, largo de bigotes, pesaría unas trescientas libras: cien de músculo y doscientas de sebo. Entrecerró los ojos, desconfiado, ante las armas que ambos portaban.

—Dejadlas aquí —les exigió.

A desgana, Julio desenganchó los tiros del tahalí para entregarle la daga y la espada de punta y corte. El alemán emitió un gruñido y le ofreció su «destripagatos». El matasiete, satisfecho, guardó los aceros en un arca labrada.

Colmada de humo, la taberna se hallaba en penumbra. La pintura se adhería a las paredes como el maquillaje de un cadáver, incapaz de ocultar la corrupción que persistía en todas partes: tablas arqueadas, zócalos hundidos, moho adherido al yeso de los muros que se caía a pedazos sobre un suelo de baldosines, muchos rotos y otros extraviados. Tres bancos de mampuesto, media docena de sillas de anea, desvencijadas, y tres mesas cojas de tablas mal unidas, servían de mobiliario. La luz de un candelero de barro bailaba sobre la piedra orinienta, al tiempo que la chimenea renegrída vomitaba un humo grisáceo que flotaba entre el envigado.

El capitán se adentró en la covacha con Juanillo pegado al hombro. Un lugar sombrío donde la desesperación se enconaba y los truhanes sin nada que perder arriesgaban hasta el último cobre en juegos de apuesta a carta tapada. Julio había malogrado su mocedad en antros como aquel. Conocía su idioma, el modo en que una reyerta se gestaba entre cada sorbo, la tensión trémula en los dedos del jugador desesperado, la traza de los sicarios que amenazaban sin necesidad de alzar la voz.

Seis parroquianos, concluyó. Dos bebían en la mesa del fondo, tres jugaban a los naipes en la otra y otros dos cortejaban a una pareja de

damas fingidas, de las de medio manto. El tabernero apilaba un puñado de monedas en la barra y movía los labios al tiempo que las contaba.

—Buenas noches tengan vuestras mercedes —saludó Julio, destocándose ante las dos daifas como buen hidalgo español.

Caminó hacia el mostrador, una arañada superficie de tablas deformes, surcada por manchas que contaban mil historias. No necesitó girarse para saber que la zurda de Juanillo se hallaba bajo el jubón, donde ocultaba su daga testicular.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó el mesonero; alto, desgarrado, de miembros largos y una abultada manzana de Adán que oscilaba con cada palabra. El baladrón de la entrada se había quedado atrás, obstruyendo la salida sin acortar la distancia.

—Busco a Euristeo —dijo Julio.

—Está ahí. —El garitero señaló la mesa del fondo, junto al lar humeante, donde un valentón de cabello bermejo charlaba con un individuo raquíptico de hábito oscuro—. Si vais a hablar con él, llevadle esto.

Dos vasos de barro y un pichel con un azumbre de líquido dorado resonaron sobre las tablas.

—Claro. —El capitán hizo un gesto a Juanillo para que le esperase allí y tomó los cacharos. Pasó ante los tres jugadores, encorvados sobre una mesa, con las cartas desplegadas en abanico y las monedas apiladas en el centro. El más alto ojeó sus naipes, atento al tablaje, y se desprendió de dos. El moreno de pelo crespo iba bien servido: depositó tres cobres sobre las tablas y dio un tiento al vino. Los demás igualaron la apuesta.

Euristeo aguardaba en el filo la oscuridad, sentado ante un candil de barro depositado en la mesa; sus anteojos brillaban en la penumbra, una cruz argéntea relucía en su pecho, y la hoguera conjuraba un siniestro resplandor en su cabello ralo. Bajo el gabán abierto, con el capuchón echado hacia atrás, sus hábitos teñidos con palo de Campeche —de un negro imposible— le convertían en sombra.

—¿Está ocupado el asiento? —Julio señaló el escaño donde el pelirrojo estaba aposentado.

El aludido inspiró hondo, como una hiena captando el olor a carroña. Lucía cortes en los nudillos y acariciaba a un chucho raquíptico que zamarreaba un hueso reseco bajo la mesa.

—Id a la barra —le ordenó el religioso y él obedeció de mala gana, escrutando ceñudo al recién llegado.

—Gracias por calentarme el asiento —le dijo Julio, mordiendo una sonrisa. Se dejó caer en el taburete, con las piernas entreabiertas, y depositó la jarra sobre las tablas. Incluyó la testa ante el religioso sin mostrar más aprecio del que la cortesía exigía, con la zurda oculta entre los pliegues del manto oscurecido por la lluvia.

El desterrado compañero de mesa se sentó a unos cinco pasos, de espaldas a la pared, en el flanco izquierdo de Julio, el lugar que elegiría cualquier diestro. El sacerdote, sumido en la penumbra, tomó el pichel y se escanció un vaso. Estudió la forma en que el líquido dorado reflejaba el tenue resplandor del candil.

—Salud. —Tomó un sorbo lento, pausado, y un gemido de satisfacción escapó de sus labios mezquinos al sentir el líquido fresco y ácido en la boca—. ¿No bebéis?

—Bebo —dijo Julio en voz baja—. Cuando quiero.

Un destello de diversión cruzó el rostro del clérigo, al tiempo que el índice recorría el borde del vaso. En el meñique, relucía un sello de calcedonia engarzada en oro con un águila bicéfala tallada. Julio llevaba viendo aquel *intaglio* hundido en el lacre desde hacía dos años.

—¿Un mal viaje? —Euristeo tenía unas manos fuertes con uñas largas y una voz tan negra y melosa como el regaliz: la de un burócrata ladino, holgado de su autoridad. El sevillano contempló su propio aspecto reflejado en las lentes: la ropa desastrada, el jubón empapado de sangre, el rostro pálido y desencajado, la cicatriz en la sien, recuerdo de una pelea que no estaba seguro de haber ganado, y por un fugaz instante pudo saborear el empalagoso hedor de la compasión.

—Estoy bien. —Quiso sonar altivo, pero su voz se trabó en la última sílaba.

Chirrió la silla cuando el religioso se inclinó hacia la oscilante luz del candil, y un rostro conocido emergió de la oscuridad: el de Juan Pérez de Pineda, el secretario del emperador Carlos en Roma. El capitán metió la diestra en el estuche de cuero que llevaba en bandolera y extrajo un pliego que dejó ante él sobre la mesa. El clérigo se mostró satisfecho, sin llegar a ojearlo.

—¿Debo suponer que Viena no ha caído? —preguntó Juan Pérez.

—Presume bien Vuestra Paternidad. —Julio cerró los ojos por un instante.

Viena, catorce de octubre. El cielo cubierto de ceniza. Veinticuatro brazas de muralla hecha escombros. Más allá de la puerta Carintia, en los arrabales

—*un páramo de ruinas—, cuerpos atados en cruces. Cientos. Hombres, mujeres, niños. Algunos aún respiraban.*

—Solimán levantó el asedio el quince de octubre —prosiguió el capitán—. El conde de Salm ha sido herido de gravedad. El visir Ibrahim Pachá cubre el repliegue con sesenta mil jinetes.

El aire, irrespirable, abrasaba los ojos como un puñado de sal. Los azab, la milicia campesina turca, arrojaba haces de ramas al foso para escalar por el derrumbe. Los oficiales los pastorean como ganado conducido a un matadero.

Los ojos negros del secretario imperial escrutaron a Julio como si viera a través de su piel.

—¿Cuántas minas? —preguntó.

—Cinco. La última abrió una brecha de veinticuatro brazas.

—¿Jenízaros?

Un murmullo lejano crecía en intensidad: Allah Allah, eyvallah. Baş üryan, sine püryan, kılıç alkan...

—Quince mil. Tres asaltos; el último, ellos. —Julio tragó saliva—. Dejaron mil doscientos cadáveres.

Un çorbacı surgió del humo. La hoja turca le alcanzó en el costado antes de que pudiera ensartarlo. A su lado, Melchor de Villareal aún combatía. Con la zurda sostenía sus propias entrañas.

—¿Bajas españolas? —inquirió Pérez.

—Setecientos llegaron. Trescientos sobrevivieron.

Resonaban las zurnas y los timbales jenízaros. Una melodía que nadie antes había escuchado: la orden de retirada. El estandarte del Sacro Imperio —un águila bicéfala con alas extendidas— ondeaba, desafiante, sobre la puerta Carintia.

—¿Julio?

Parpadeó el sevillano. Juan Pérez fruncía el ceño.

—La amenaza era demasiado grave para depender de correos —dijo el secretario—. Necesitábamos una persona de cuenta.

—Eso puedo entenderlo.

Las manos del clérigo daban vueltas al aviso sin llegar a abrirlo. El pergamino de la cubierta era grueso; el papel, genovés, de a cinco reales la resma; la letra, elegante y formal; el lacre reflejaba el fulgor de las llamas.

—¿Qué sabéis de Sileno? —preguntó Pérez.

—Lo que expuse en mi anterior informe —respondió Julio, aturdido—. Desaparecido, como un fantasma.

Sentía el recuerdo distante, como si perteneciera a otro. La misión

que le había llevado a Austria había sido encontrar a Sileno, un traidor que había vendido a Francia el sistema de cifrado español. Mas tuvo que marchar a Viena, cuando a principios de año —el de mil quinientos veintinueve—, Solimán el Magnífico proclamó la *yihad* desde el mimbar de Santa Sofía y quince mil jenízaros, treinta mil *akinci*, cincuenta mil timariotas, trescientas piezas de artillería y cuatrocientos navíos otomanos cruzaron los Balcanes como una plaga bíblica.

—Os inmiscuís demasiado —señaló el secretario—. Vuestra tarea en Viena consistía en mantener los ojos abiertos y redactar los informes. —Su mirada descendió hacia la herida del costado de Julio—. Usar los ojos, no las manos.

—¿Ni siquiera para escribir?

—Para eso sí —respondió el sacerdote—. Mas no para empuñar un arma. ¿Qué veis aquí y ahora?

El sevillano alzó la jarra, examinó la forma en que reflejaba la mezquina claridad, y olisqueó el contenido.

—Un vino joven de la Toscana, tal vez de Montalcino: un feraz terruño de arcillas y roca caliza. —La mirada de Julio se desplazó fugazmente hacia el juego de naipes—. El más alto juega un cincuenta y cinco de bastos y va de farol; el rubio lleva una quínola de espadas; el de pelo crespo esconde una pareja de sotas. Los zapatos de los tres están herrados con ramplones, a la usanza española. —Dicho esto, se volvió hacia la entrada—. El matón de la puerta lleva oculta una daga de orejas bajo el tabardo; cojea de la izquierda, una herida propia de rodadero, y sus borceguíes acuchillados también son de soldado.

—Continuad —dijo el secretario, catando un sorbo de vino.

—Vuestro compañero de mesa luce un callo en el anular de la diestra y un remiendo donde el codo descansa en la escribanía. Es alguien bien educado, aunque trate de ocultarlo, y porta una daga bajo el gabán. El tabernero esconde otra arma bajo el mostrador. —Julio señaló con un gesto las monedas apiladas en la barra y las del tapamugres de la otra mesa—. Doce denarios y tres *soldi* venecianos, un *picciolo* toscano, veinte *baiocchi*, diez *giuli* y quince *quattrini* de los Estados Pontificios... Demasiada plata acuñada por el Papado. —Agitó la testa—. A juzgar por el barro del patio, diríase que, en una semana, apenas ha llovido. Los ocho caballos recién herrados que dejaron sus huellas afuera, entre las pisadas con ramplones, debieron de llegar esta misma tarde: el bravo de la puerta, vuestro compañero de mesa, los

tres jugadores fingidos, Vuestra Paternidad y un par de sicarios que, sin duda, custodian la puerta trasera.

Resonó el crepitar de la chimenea, donde el fuego seguía lamiendo la madera oscura. Un tronco estalló, vencido por el calor, y se partió en dos mitades. Pérez depositó su vaso sobre la mesa.

—¿Y Johannes? —preguntó.

Por un instante, Julio vaciló, y su mirada se dirigió hacia el germano, que seguía apoyado en la barra, ajeno a la charla.

—Está inquieto —contestó—. Desconfía de este lugar. Y de vuestra merced.

Los jugadores se irguieron, cansados de los naipes. La lluvia comenzó a martillar la ventana.

—Tenéis buen ojo —concedió Juan Pérez—, limitaos a usarlo. El espía perfecto es un fantasma, vos mismo lo dijisteis. Y un fantasma no siente ni habla ni actúa a menos que sea preciso.

—Mis actos demuestran mi fe en Cristo —declaró Julio—. En nuestra fe católica, no obrar bien supone hacer el mal. La *Sola Fide* luterana, esa perversa creencia en que la salvación únicamente se alcanza a través de la fe, supone una aberración herética. ¿No cree Vuestra Paternidad?

Lanzó aquel dardo envenenado para que hiciera mella en el varón enlutado, de quien se rumoreaba que, en secreto, atesoraba las obras de Müntzer, Lutero, Melanchthon y toda aquella chusma. La expresión de su rostro marchito no mudó ni un ápice.

—El espionaje no es campo óptimo para que florezca la verdadera doctrina. —El dedo de Juan Pérez bailaba en el borde del vaso—. En nuestro oficio se ha de ser pragmático: si hubierais perecido en Viena, nuestro gabinete negro habría quedado ciego. Lo cual acarrearía un mal mayor.

—Entonces, ¿he de guiarme por *El príncipe* de Maquiavelo o por el que Erasmo escribió para nuestro señor natural?

Esta vez, los labios del clérigo se curvaron en una mueca de disgusto.

—Para ser un militar —dijo—, os veo muy impregnado de teología filosófica.

—Contemplar la muerte a diario me hace serlo.

—En nuestro quehacer, alguien con escrúpulos resultaría del todo inútil —respondió con cinismo el sacerdote—. En el decir, discreto, y en el hacer, secreto. Aplicaos el cuento y se os ingresará el resto de

lo acordado en el *Banco di San Giorgio*... cuando vuestra labor termine.

Depositó una bolsa con monedas sobre la mesa, y Julio no hizo el menor gesto de tomarla. De repente, el crepitar de la lumbre resultó ensordecedor.

—¿Otra maldita misión? —Julio masticó las palabras y sus dientes rechinaron.

A una docena de pasos, Juanillo se revolvió en la barra. El secretario volvió a tomar el vaso, dio un nuevo sorbo y luego respondió:

—Eso me temo.

—¿Por qué? —Julio señaló el documento—. Me jurasteis que este sería el último encargo.

—Porque Su Majestad necesita gente como vos —contestó Juan Pérez—. Siempre lo ha hecho, pero ahora más que nunca.

¿*Su Majestad o Juan Pérez de Pineda, el secretario imperial?*, se preguntó el sevillano. Nunca había tratado directamente con el Consejo de Estado, ignoraba cuáles eran sus órdenes. Aquel taimado clérigo tenía los ojos puestos en la Cancillería, sus ideales tal vez servían a Lutero, y necesitaba ganarse el aprecio de demasiados magnates y próceres.

—El rey tiene muchos espías —replicó Julio—. No necesita un desertor aficionado al vino con un tullido a la espalda.

—Necesita alguien de agudo ingenio, sin nada que perder, y un deseo innato de hacer lo correcto.

—Acertáis sólo a medias —declaró el antiguo capitán—. En efecto, ya no tengo nada que perder, mas tampoco nada que dar. Así ha sido durante dos años. He cumplido mi parte... ahora cumplid la vuestra, Monseñor.

—Creía que luchabais por el renacer del Imperio —replicó el clérigo, meneando apenado la testa—. Por una *Universitas Christiana* que traiga la paz a la vieja Europa.

—Deseo hacerlo a la luz del día y con honra —masculló él—. Viviendo una vida real..., una que no esté manchada de traición y mentiras.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Demasiado crudas, demasiado honestas. El secretario inspiró hondo y se quitó las anteojeras para limpiar los cristales con la muceta. Asomaron unos ojillos entrecerrados sobre la nariz aguileña y comenzó a bruñir las lentes, un ritual que repetía infinidad de veces al día.

—Ambos sabemos que de este oficio nadie se jubila —declaró—. Somos sombras, y las sombras nunca salen a la luz del día... pues, si lo hacen, se desvanecen.

Púsose las lentes, dio un sorbo lento y dejó el vaso en la mesa con deliberada cautela. En la mesa contigua, el pelirrojo parecía masticar algo invisible.

—¿Ahora viene el descarte? —El capitán mantenía la zurda en-
guantada sobre la mesa y la diestra en el muslo. Una postura relajada que le permitiría desnudar la daga oculta en un instante.

Ocho enemigos al menos, quizá más, y un único aliado. Juanillo tal vez podría huir tras acuchillar al matasiete. La única puerta abierta daba al patio embarrado. La ventana le ofrecía a Julio otra salida, sería fácil rasgar el pergamino. Su mente comenzó a trazar líneas, compases, fintas, al igual que en un duelo de esgrima: acometer, zafarse, usar al secretario como escudo.

—Hay una regla de oro en el juego de espías. —Los ojos de Juan Pérez estaban clavados en la mesa contigua—: Un sicario siempre ha de ser el último naípe a jugar.

—Hay quien lo juega a las primeras dadas —respondió Julio y bajo la vista hacia la bolsa—; otros prefieren usar a la Puta de Oros.

—¿Qué os hace pensar que estoy bromeando? —Con un crujido de silla, Pérez se inclinó hacia el frente y su aliento etílico le alcanzó el rostro—. Creedme: en este lance, es mejor jugar a oros que a espadas.

Aquello no era una reunión, sino una prueba... o, tal vez, una ejecución. El sacerdote esbozó un gesto ambiguo con la diestra y Julio sintió unos pasos a su espalda. El tabernero llenó el vaso que se hallaba ante él, y la mano del secretario se deslizó de nuevo hacia su copa de barro.

—Por el emperador Carlos —susurró un brindis, mas Julio no se movió. La sonrisa del clérigo se desvaneció de súbito—: Bebed.

La mirada del capitán recorrió, una vez más, el comedor, con las vías de escape aún en la mente: la estocada al pelirrojo, Pérez como escudo, el pergamino rasgándose, el salto por la ventana. Los murmullos en la mesa de naipes habían cesado; las rameras, silenciosas como en un funeral. En la barra, Juanillo cambió de postura.

Sintió Julio un palpar en las sienes y examinó el vaso que Juan Pérez le ofrecía: un líquido brillante, traslúcido. Un brindis o una sentencia de muerte. Veinte meses sobrio desde Roma. Veinte meses

desde aquella noche en la que bebió hasta perder el sentido en un tugurio de la plaza Farnese, tratando de olvidarla. Con una mano firme, Julio alzó el cubilete y apuró el contenido. El ardor de la grapa se deslizó por su garganta como fuego líquido. Dejó que persistiera en su lengua antes de depositar el vaso en las tablas. Después, guardóse la bolsa con el oro bajo el jubón.

—Bien. —La sonrisa de Pérez regresó a su rostro—. Ahora hablemos de vuestra misión.

—Vuestra Paternidad no sabe cuánto lo desprecio. —Julio tragó el nudo de su garganta.

—Sí..., sí que lo sé —respondió él, sin inmutarse—. Debéis partir a Bolonia.

—¿Bolonia?

—Para reconocer el terreno antes de la coronación imperial —le explicó el secretario—. El Consejo de Estado teme algún sabotaje.

Me envía a su ciudad, se dijo Julio. *A caminar por sus calles. A respirar su aire*. Por un momento, se preguntó si aquello era un castigo o una coincidencia. Si Pérez sabía lo que hacía al enviarle al lugar que ella le había descrito en tantas ocasiones: Bolonia, una ciudad erudita bajo la sombra del Papado que pronto se convertiría en un grandioso escenario donde se decidiría el futuro de la Cristiandad.

Frunciendo los labios, Julio se frotó la nuca, aturdido ante la magnitud del encargo.

—Una labor de rutina —prosiguió Juan Pérez—. Su Majestad tiene previsto llegar a Bolonia el cinco de noviembre. Antes debéis contactar con nuestra red de inteligencia local.

—Una labor de rutina —repitió Julio, no muy convencido—. ¿Qué más puedo saber?

El secretario le entregó una carpeta de pergamino. Julio la abrió con cautela para examinar un manojo de informes manuscritos en latín, español e italiano.

—Iréis de encubierto —le dijo el secretario—. Vuestra tarea será identificar a los espías de otras naciones e informarnos puntualmente. El Papado es ahora nuestro aliado y, a desgana, tolera nuestra presencia en Bolonia. Pero nadie ha de saber que trabajáis para nos. Os reuniréis con David Comperat, un erudito sefardí, nuestro corresponsal en la ciudad.

—Comperat. —La palabra le pesó a Julio en la lengua. Se sentía extraña—. ¿Está relacionado con la universidad?

—En Bolonia, todo está relacionado con la universidad —sentenció el sacerdote—. Su profesorado está cuajado de espías, sus boticas ingenian nuevos venenos, su alumnado supone un mentidero de información valiosa. Comperat es profesor de aritmética y trabaja para nosotros como perlustrador.

—Francia, Venecia, el Turco... —murmuró el capitán mientras ojeaba el primer documento—, todos los gabinetes negros habrán desplegado sus redes en Bolonia. Un erudito, un simple corresponsal... esa tarea a Comperat le queda grande.

—Es un sujeto huraño, cuyo anhelo de soledad sólo es comparable a su curiosidad por la sabiduría oculta. —El secretario prestó atención al pelirrojo antes de continuar—. Sólo él conoce a sus informantes. Nos han llegado noticias de su carácter cada vez más excéntrico, y tememos por él. Debéis presionarlo de que os ponga en contacto con su red de confidentes. Usad todos los medios a vuestro alcance.

—¿Qué clase de medios? —preguntó Julio, a sabiendas de cuál sería la respuesta.

—Seguís siendo un soldado —razonó el secretario imperial—. Y los soldados ejecutan órdenes; no las juzgan. Vuestra conciencia es un lujo que la Corona no puede permitirse.

—¿Cuál será mi cobertura? —farfulló el sevillano, hojeando las páginas.

—Seréis un mercenario: Julio de Castillo, un capitán despojado de su conducta. Básicamente, seréis vos, sin ser espía. A ojos del Papado, hace dos años, en Roma, dejasteis escapar a una agente enemiga. Por tal motivo, fuisteis expulsado de nuestro ejército con deshonor. Os reuniréis con Gaetano Marescotti, el Podestà de Bolonia, para servirle como jefe del alguacilazgo. Antes de entrar en milicia, trabajasteis como alguacil en Sevilla, la cobertura será perfecta.

—¿Quién es Marescotti? —murmuró Julio.

—Un patricio boloñés captado por nuestro servicio de inteligencia hará dos años. Vuestra tarea será doble: protegerlo y recabar información. Mas andaos con tiento. Gaetano Marescotti es alguien... peculiar —le advirtió el secretario—. Posee gustos refinados y una irrefrenable concupiscencia, amén de una soberbia de cuna y una moral extraviada.

—Me estáis diciendo que es un gilipollas, ¿verdad?

—No importa qué tipo de persona sea, sólo importa vuestra misión —respondió el clérigo.

Disimuló Julio su impaciencia con otro sorbo de grapa. Los captados solían ser, en efecto, la hez de la tierra; gente capaz de traicionar a su patria y linaje a cambio de una plata a menudo manchada de sangre.

—Odio señalar lo obvio —dijo—, pero un alguacil recién llegado despertará sospechas.

—En absoluto. La capital de la Romaña se ve abrumada por una avalancha de curiosos a causa de la coronación imperial. El Podestà se ha visto forzado a reunir más efectivos para garantizar el orden. Debéis persuadirlo para que os nombre *Capitano dei Berrovieri*. El control del alguacilazgo os otorgará los recursos necesarios para cumplir holgadamente con vuestra tarea. Os hemos buscado alojamiento, además de un enlace. En los documentos encontraréis los detalles.

El sevillano reflexionó sobre el encargo. El alguacilazgo de las ciudades italianas estaba formado por forasteros con contratos de escasa duración: seis meses de ordinario. Con ello se mitigaban las habituales corruptelas y enjuagues entre los linajes patricios que dominaban los órganos de gobierno de cada república.

—¿Cuándo debo reunirme con Marescotti? —murmuró, tratando de asimilar la tarea.

—Dentro de cuatro días —respondió Pérez—. Ganaos su confianza. Sin duda, sospechará que sois un espía.

—Cuatro días —repitió Julio—. Estáis bromeando, ¿verdad?

—Ojalá lo hiciera —contestó Juan Pérez—. Resulta precipitado, lo sé.

—¿Qué le ocurrió al agente que teníais dentro?

Carecía de sentido que le requirieran con tanta urgencia. Una operación de tal envergadura no se improvisaba de la noche a la mañana y los documentos que tenía en las manos —cinco años de avisos, memorias y cartas— eran la prueba de ello. Aquella *tarea rutinaria* suponía un reemplazo de última hora.

Juan Pérez de Pineda se aclaró la garganta.

—Murió apuñalado —dijo con una voz meticulosamente sosegada—. Su cadáver apareció en un callejón. Una reyerta entre borrachos, según el Podestà de Bolonia.

La quietud de la taberna se hizo más densa, apenas rota por el susurro de la lumbre y el chirriar de las banquetas.

—¿Y según nuestros informes? —preguntó Julio.

—Sospechamos de un espía otomano llamado Zulfiqar —aseguró el secretario—. Las celadas son su especialidad, aunque también es un experto en venenos. Nuestro agente, Alonso de Viedma, residía en la Domus Hispánica. Un colegio mayor para los estudiantes de la piel de toro. Llevaba meses recabando información, en preparación a la coronación imperial.

Guardóse Julio los documentos en el estuche de cuero y tomó el vaso de grapa.

—Me enviáis al infierno y vuestros demonios vendrán conmigo —concluyó, apurando el último sorbo.

—Cada día, bajo al infierno para que la Cristiandad no se convierta en él. Cuantos más demonios albergue mi alma, menos habrá allá afuera. Ése es mi único consuelo.

La grapa aún le abrasaba la garganta cuando Julio se puso en pie, mientras los jugadores de naipes vigilaban cada uno de sus gestos. Pérez permaneció sentado; su figura se recortaba sobre el pálido resplandor de la lumbre, sus lentes relucían en la penumbra. El tabernero seguía apilando monedas, las trotonas murmuraban como plañideras en un funeral, y el capitán se reunió con Juanillo. El matasiete les entregó sus armas y juntos recorrieron el zaguán hacia las caballerizas.

Era noche cerrada cuando abandonaron la venta, conduciendo los caballos de la brida.

—¿Le dijisteis que no? —preguntó Juanillo.

—Lo intenté. —Julio mantenía la vista fija en el suelo.

El lansquenete soltó una maldición en tudesco.

—¿Entonces...?

—Bolonia.

—¿Bolonia?

—Hay una coronación imperial —respondió Julio, cansado—. Y a decir de Juan Pérez, un intento de sabotaje.

El germano tensó la quijada.

—¿Y vos le creéis?

—No creo nada de lo que diga ese taimado covachuelista —aseguró el andaluz, acariciando las crines de su montura—. Pero la misión es real.

El cuero aceitado gimió cuando Juanillo sujetó las riendas y puso un pie en el estribo. Al saltar sobre la silla, el sevillano llevóse una

mano al costado y gruñó de dolor. *Sois patético*, le había dicho ella, no sin motivo. Veinte meses y aquella palabra le dolía más que cualquier puñalada turca.

—Os matará, Julio —dijo el tudesco—. Cuando dejéis de serle útil.

—Lo sé. —El español se acomodó en la silla.

Deslizó la mano bajo el jubón y contempló su camisa teñida de sangre. Su mente se negaba a descansar; repasaba fragmentos de conversación, gestos, miradas. Azuzó a la montura y se preguntó qué pensaría Dios de alguien como él, enviado para proteger a su ungido.

El camino se extendía ante ellos, oscuro e inescrutable.

Capítulo II

26 de octubre, 1529

El día se mostraba plomizo cuando contemplaron por primera vez las murallas de Bolonia, desde la Vía Emilia. Una ciudad carmesí, erizada de torres, construida, conquistada, demolida y reconstruida en ladrillo y selenita por lombardos, francos, güelfos, gibelinos y el Papado. Más de un centenar de torres rasgaban el firmamento grisáceo en una muda disputa por dignificar los linajes de la nobleza boloñesa.

—Me recuerda a los muros de Écija —comentó Julio, admirando la inmensa torre con matacanes que defendía la puerta y el puente levadizo.

—Juzgáis todos los lugares en tanto se asemejan o no a vuestra patria —dijo Juanillo, con una sonrisa mordaz—. Amáis Italia y añoráis vuestro hogar.

—Siempre.

El empedrado gemía bajo el peso de la marea humana que desbordaba la añeja calzada romana. La Porta San Felice se veía atestada de carros cargados de cestos con bastimentos y barriles de vino, entre campesinos encorvados bajo sacos y haces de leña, tunantes, rateros, mercaderes, ministriles y daifas atraídos por la fastuosidad de los festejos y el boato imperial.

Pasaron bajo el arco de entrada. Un soldado pontificio, armado con rodela, guja y gorjal de malla, les detuvo ante el portón de roble tachonado y echó un vistazo a sus armas.

—Venimos a servir al Podestà como alguaciles. —Julio descalbó para entregarle los documentos.

—Disculpad —se excusó el guardia—. Hay demasiados rostros nuevos en la ciudad.

Inclinó la testa Julio y condujo a su montura de la brida. La ciudad los recibió con un rumor incesante de voces en una decena de lenguas, atrayéndolos hacia sus entrañas de ladrillo. Bajo los interminables pórticos, los mercaderes vociferaban, las busconas exhibían sus encantos y los mendigos mostraban sus muñones. Apestaba a estiér-

col y a pan recién horneado, a humo y perfumes, al incienso de las iglesias, a las especias de los mercados. Las plazas y los soportales, los palacios y las torres, componían en una escena de esplendor atemporal que sólo Italia podía ofrecer.

—Pronto alguien sabrá que hemos llegado —murmuró Julio, y el lansquenete tullido echó un vistazo por encima del hombro: un mozuelo corría desde el arco de la Porta San Felice hacia una angosta callejuela—. Vamos. Nos esperan en la Osteria Del Capello.

Tras la puerta de San Felice se había erigido un arco triunfal con las efigies de los más grandes generales del antiguo Imperio: Trajano, el primer emperador de origen hispano; el cónsul Marcelo, vencedor de los galos; los dos Escipiones, triunfadores sobre África. Metáforas con las que Carlos de Habsburgo reclamaba los laureles imperiales sobre Francia y Berbería.

Recorrieron la atestada avenida, flanqueada de voladizos y soportales, en dirección a la Piazza Maggiore. Un puente cruzaba el arroyo del Savena y las aguas turquesas de los canales del Reno. En la colosal plaza, las cuadrillas de carpinteros y albañiles se afanaban en los fastuosos decorados; en los andamios fijados a los muros de los palacios, los artistas añadían las últimas pinceladas a los murales. Sobre la fachada del Palazzo Comunale, un gigantesco mural mostraba a Hércules enfrentándose al gigante Anteo, el rey de Libia: una metáfora del inminente triunfo de Carlos de Habsburgo sobre Barbarroja. Ante él se hallaba la Basílica de San Petronio, inacabada y aun así monumental, con su fachada de ladrillo resplandeciendo bajo la luz de la mañana.

Dos años antes, Roma había sido saqueada con brutal impiedad por las tropas de Carlos de Habsburgo y, tras liberar al Sumo Pontífice, se persuadió al emperador para que le ciñera la corona de hierro de los lombardos, lo que le convertiría en Rey de Italia, y la corona áurea del emperador de Occidente. A cambio, Carlos respaldaría las ambiciones del Papado: recuperar Florencia y enfrentarse al Turco. Mas la Curia juzgó prudente escoger una nueva urbe para ambas ceremonias y, por tal motivo, Bolonia había sido sometida a una profunda remodelación para convertirse, durante unos meses, en una modesta réplica de Roma.

Pasaron ante un gran pórtico sostenido por pilares de ladrillo y vigas de roble, bajo cuya sombra decenas de estudiantes discutían a viva voz. La querella versaba sobre las influencias astrales sobre los

órganos. Para unos, la clave residía en los cuatro humores de Hipócrates; otros, por el contrario, sostenían que se hallaba en la *Tria Prima* de Paracelso.

—¡Por vida mía que insistís en los desvaríos del brujo de Zúrich! —exclamaba uno, señalando con un dedo acusador—. ¿Cómo osáis apartaros de la recta doctrina de Hipócrates, sostenida por el doctísimo Galeno? ¡Los cuatro humores son el fundamento del cuerpo humano!

Otro aprendiz de médico dio un paso al frente para encararse a él:

—Tales ideas no son sino reliquias de una Antigüedad caduca. Paracelso ha probado que el cuerpo se rige por los tres principios —azufre, mercurio y sal—, y en la desarmonía de estos se engendran las dolencias.

El alegato desató aplausos y abucheos a partes iguales.

—¡Pamplinas! —replicó el primero—. ¿No habéis comprobado en las clases de anatomía que un exceso de sangre vuelve al hombre colérico? ¿O acaso no es cierto, maldito idiota, que la bilis negra lo sume en la melancolía?

—Vive Dios que habré de sanar vuestra cólera con una buena sangría.

Ambos sacaron las dagas ocultas bajo el manto y empezaron a acuchillarse. El resto de estudiantes hizo un corro a su alrededor para presenciar el resultado de la controversia científica. Al descubrir el desconcierto de Julio, otro erudito, que observaba la riña, apoyado en una columna, se volvió hacia él.

—¿Y vos qué fisiología seguís, forastero? ¿La de Jean Fernel o la de Giacomo Berengario? —preguntó el individuo moreno y ojos desaparejados en el color—. Meditad la respuesta. Pues en esta ciudad hay terapias que matan.

Ignorando la pulla, el sevillano hizo un gesto a Juanillo y ambos retomaron el camino. La fonda se ocultaba en un callejón de la Via de' Fusari, tan estrecho que un hombre con los brazos extendidos habría rozado los muros. Una pesada cancela de hierro forjado guarnecía la entrada, bajo un letrero con un sombrero rojo tallado. Julio la empujó y el chirrido resonó en el patio del otro lado.

La corraliza los engulló en su fresca penumbra; de ladrillo desgastado, poseía un pozo cuya agua se antojaba negra como tinta y un establo para caballos y mulas. Los aromas llegaron después: cor-

dero asado con romero, albahaca con ajo y tomillo. El vetusto edificio tenía tres plantas con galerías de roble que conectaban las habitaciones al patio y toscas ventanas de vitela que distorsionaban cuanto había detrás.

—Buenos días tengan vuestras mercedes. —Una anciana emergió de la sombra del pórtico. Pequeña y encorvada, con el cabello gris recogido en un moño tan apretado que tiraba de la piel, y unos ojillos vivaces bajo la frente arrugada—. Soy Aurora Bellagamba, la propietaria.

Había calidez en su voz, pero también un atisbo de sospecha.

—Julio de Castillo —dijo él—. Tenemos dos cuartos reservados.

—Ah, sí. El soldado español y su escolta tudesco. —Aurora alzó la testa, evaluándolos—. Acompañadme. Mi esposo Paolo se encargará de vuestras monturas.

Un anciano espigado tomó las riendas y Aurora comenzó a caminar hacia la escalera.

—Agradecemos vuestra hospitalidad —dijo Juanillo.

—La ciudad está atestada por los fastos de la coronación imperial —aseguró la posadera, mirándolo por encima del hombro—. Tenéis suerte. De la noche a la mañana, dos huéspedes decidieron marcharse... tras recibir una visita muy a deshora. —Aurora comenzó a subir. Los escalones crujían bajo sus pies como huesos quebrándose—. ¿Qué os trae a Bolonia?

—Trabajo —respondió el sevillano—. Como alguaciles.

La anciana se limpió las manos con el delantal y no añadió nada más. El corredor superior se hallaba en penumbra, con tres puertas cerradas. La de Julio era la última. Al abrirla, encontró una estancia sencilla de techo inclinado: un arcón vacío, un camastro de encina, y una mesa con una jofaina y aguamanil. Un intenso aroma a moho persistía donde la lluvia se filtraba por las paredes. A pesar de todo ello, los secuaces de Juan Pérez habían elegido bien: una ventana mostraba la calle principal, y la otra daba al patio. Contaba con líneas de visión claras y varias salidas. Aquel modesto edificio, una antigua residencia nobiliaria reformada, constituía una pequeña fortaleza.

—Modesto pero limpio —le señaló Aurora—. La cerradura funciona y si el techo gotea os prestaré un balde.

Julio dejó caer la bolsa de lona sobre el lecho y miró a su alrededor.

—Servirá —dijo con voz áspera.

Ella le entregó la llave y se retiró con cautela. Aguardó Julio un instante, deslizó el cerrojo, escuchó los pasos alejándose. Luego examinó el techo. Entre las tablas halló una grieta, apenas perceptible a simple vista. Comprobó el sonido de la tablazón con los nudillos e introdujo la punta de la daga por la abertura. Al ceder con un leve chasquido la tabla reveló un compartimento oculto.

Rebuscó en el interior a tientas. Había un paquete envuelto en tela encerada. Lo desenvolvió sobre el camastro: una bolsa con dinero, un paternóster de cuentas de ámbar, un plano detallado de la ciudad y una almarada, una daga de hoja estrecha en sección triangular, sin guarda ni gavilanes, sólo un botón en uno de los lados.

Regalos de bienvenida, concluyó. Una camándula para rezar al Altísimo, un arma para asesinar en su nombre y dinero para comprar conciencias. ¿Quién dice que Juan Pérez no piensa en todo?

Extrajo las piezas de oro de la limosnera. En total, cuarenta libras tornesas, una moneda de cuenta francesa con un valor de veinte sueldos. ¿Por qué dinero francés, si procedía del Consejo de Estado? ¿Acaso Pérez deseaba que alguien sospechara que Julio andaba en tratos con Francia? Sopesó la bolsa. Lo suficiente para sobornar criados y alquilar espías. Luego desplegó el plano sobre la mesa. Unas marcas en tinta roja señalaban los puntos clave y los accesos que el enemigo podría usar durante la coronación.

Mientras Juanillo se aseaba en el cuarto contiguo, el capitán bajó por la escalera hacia el comedor; sus borceguíes resonaron en la madera carcomida. Un tintineo de sartenes acudió a recibirlo, mezclado con una maldición del posadero y la voz de Aurora, áspera y maternal al tiempo. El español entró en una estancia alargada con media docena de mesas. En la cocina, más allá del mostrador, la llama de los fogones bruñía el hollín acumulado en las paredes de ladrillo. El aire se sentía espeso, impregnado en aceite. Julio golpeó la barra:

—Una jarra de vino.

Paolo emergió de las sombras al ser convocado y dejó un pichel con caldo especiado. Julio tomó un vaso, sopló el polvo del interior y procedió a servirse.

Mentiras que uno se dice un martes a las nueve de la mañana:

Resulta perfectamente aceptable empezar a beber a esta hora.

Tu misión en Bolonia será un éxito rotundo.

Ella todavía piensa en ti.

Hacía veinte meses que leía a Castillione y desayunaba *brazadela*.

No había nada que lograra arrancarla de su mente. La nostalgia no tenía cabida en su mundo, un lugar inhóspito donde sólo existía la supervivencia, y, aun así, por mucho que lo intentara, sus pensamientos regresaban una y otra vez a ella. Bebió como si fuera una penitencia. La boca se le torció por el sabor del vino y la amargura del recuerdo mientras el tabernero le observaba con cortesía estudiada.

El español vio llegar a Juanillo por la escalera del patio y escanció otro vaso.

—Debemos presentarnos ante el Podestà —dijo, ofreciéndoselo—. Los cargos que nos otorgue nos ayudarán a velar por la coronación.

—¿Qué es lo que teme el Consejo de Estado?

—Cualquier incidente, cualquier retraso, cualquier tumulto que empañe la ceremonia —declaró Julio—. En la unción a manos del Papa, Carlos de Habsburgo busca el respaldo divino para convertirse en la cabeza de la cristiandad. Bastaría una riña entre borrachos en el momento más inoportuno para que todos lo interpreten como una señal del Cielo.

—Lo entiendo. Mas un óleo vertido en la testa de Carlos no arreglará sus problemas. —Juanillo se alisó el jubón con la zurda y apuró el contenido del vaso—. ¿Vamos?

—Sí. —Julio depositó unas monedas en las tablas—. Acabemos cuanto antes.

El Palazzo del Podestà exhibía una imponente arquitectura de ladrillo con grandes ventanales y una logia abierta sostenida por elegantes arcadas; se erigía como una fortaleza en la parte septentrional de la Piazza Maggiore, ante la basílica de San Petronio, donde Carlos de Habsburgo se arrodillaría para ser ungido por el Sumo Pontífice. Allí una cuadrilla de carpinteros construía un palco de madera, a imitación del Consistorio de Roma. En medio de la plaza se alzaba un arco triunfal con relieves que recreaban la batalla de Pavía y combates navales contra turcos y berberiscos. En su ápice, las estatuas de Furio Camillo y Escipión el Africano sostenían las armas que antaño salvaron a Roma de galos y moros.

El ideario de Carlos, concebido por su Gran Canciller, Mercurino di Gattinara, le presentaba como un nuevo Carlomagno que lideraría a los príncipes cristianos contra la amenaza otomana; como un nuevo Constantino que pactaría con la Iglesia; como un nuevo Augusto que traería la paz a Italia. Los panegiristas capaces de engen-

drar utopías nunca faltaban en una corte bien provista de plata, mas la muy católica Isabel de Castilla ya había señalado la enorme distancia que separa cualquier ideal político de la práctica. Los soberanos de la vieja Europa no parecían estar por la labor. El más férreo adversario de Carlos en su ambiciosa tarea de restablecer el Imperio había sido el rey de Francia, Francisco de Valois. Las querellas entre ambos se habían sucedido hasta que el francés se vio obligado a reconocer la hegemonía española sobre Italia ese mismo año, en Cambrai. Mas la coronación imperial suponía una nueva afrenta a su maltrecho orgullo.

Una ceremonia igualmente detestada por Solimán el Magnífico, el sultán otomano, quien tras adoptar el título de «César de los Romanos», sentía que Carlos le usurpaba su dignidad imperial. Con su feroz ofensiva sobre Viena y las incursiones que cada verano asolaban la costa italiana, Solimán deseaba someter a toda la Cristiandad. Y a pesar de que la reforma de Martín Lutero pretendía disociar el celo religioso de las ambiciones terrenales, en la práctica posibilitaba que los príncipes alemanes —unos cuarenta en total— desafiaran la autoridad imperial para crear su propio rebaño de clérigos y apropiarse de los bienes de la Iglesia. Los señores protestantes se mostraban tan reacios ante esa apoteosis cesaropapista como la Serenísima República de Venecia, quien, aun viendo amenazadas sus posesiones en el Mediterráneo por Solimán, mantenía una cuidadosa y precaria equidistancia al servicio de sus intereses comerciales.

El tratado firmado por Carlos y el papa Clemente a finales de junio, en Barcelona, suponía el preámbulo a unas negociaciones que tendrían lugar durante los preparativos de la doble coronación y definirían el nuevo orden de Italia. Todos los soberanos europeos, en definitiva, albergaban sus propias ambiciones, a cada cual más elevada, y todas confluían en Bolonia.

Ante la puerta del Palazzo del Podestà una docena de soldados pontificios hacía guardia. Cachearon a Julio tras pedirle las armas: el antiguo capitán tuvo que desenganchar los tiros del tahalí para entregarles la espada y la daga. Desnudó la hoja lo justo para leer la inscripción: «*No me saques sin motivo. No me envaines sin honor*». Emitió un bufido casi inaudible antes de desprenderse de ella.

—Toda precaución es poca —se excusó el cabo.

Se mostró de acuerdo Julio con un ademán, mas no respondió. En ese momento, sólo tenía ojos en su tarea: lograr que el Podestà

le otorgara el alguacilazgo para realizar sus pesquisas con total autoridad y sin intromisiones.

Caminaron por el pórtico. La Torre dell'Arengo, que descollaba sobre aquel soberbio edificio, estaba sostenida por cuatro pilares y una bóveda de crucería que creaba un amplio espacio cubierto. El sevillano se detuvo para hablar a Juanillo.

—Esperadme aquí.

A través de una majestuosa escalinata accedió al Salone del Podestà. Vetustos muebles de cedro y castaño bordeaban la alargada sala de audiencias y reflejaban la luz de los ventanales con el brillo satinado de la madera añeja. Las paredes parecían cubiertas de estatuas y cuadros —próceres de gesto altivo, violencia de antiguas batallas— y los asientos estaban tan bellamente tallados que rivalizaban con las obras de arte.

Sentado en una butaca de terciopelo le aguardaba Gaetano Marescotti, con un jubón de seda cerúleo que relucía como el lapislázuli. Dientes perfectos asomaban entre los labios, delgados como el filo de un cuchillo, y una melena lacia, del color nogal, se derramaba sobre los hombros con una fluidez calculada. El semblante se antojaba salido de una pintura: demasiado perfecto para ser real, demasiado real para ser arte. Unos ojos cristalinos, del azul de un mar invernal, evaluaron a Julio con una diversión depredadora. Los informes de inteligencia relataban la historia de un apuesto mujeriego con profundas conexiones en la Curia; la de un fatuo libertino, obtuso y mimado, que anteponía su placer hedonista a sus responsabilidades como Podestà.

Quien escribió los informes nunca miró a Marescotti a los ojos, se dijo Julio.

—Bienvenido a Bolonia. —Marescotti le saludó con una lánguida arrogancia.

—Agradezco la hospitalidad de Su Señoría Ilustrísima. —Julio mantuvo las manos relajadas en los costados, a sabiendas de que cada gesto sería evaluado.

—He oído hablar de vos: Pavía, La Motta, Bicoca, el Saco de Roma... expulsado del ejército con deshonor. —El Podestà ensanchó su sonrisa—. Un hombre ducho en la violencia y sin ataduras de honra. Excelente. ¿Puedo ofreceros algo de beber? ¿Quizá un Trebiano?

Trató Julio de no fruncir el ceño. El secretario imperial le había advertido de que el Podestà tal vez verificaría sus antecedentes. ¿In-

cluía averiguar cuál era su vino preferido? Se preguntó qué más podría saber sobre él.

—Un poco a deshora —respondió con cautela.

—Aquí no nos preocupa la decencia, señor Castillo.

La atención de Julio se desplazó entonces hacia un individuo espiado que se hallaba de pie a su diestra, inmóvil como una estatua.

—Él es Enzo Falaguerra. —Marescotti hizo el vago gesto de señalar un mueble—. Mi... ¿cómo decirlo? Hombre de confianza.

El sevillano tuvo que esforzarse para mirarlo a los ojos. Falaguerra era alto, con hombros y brazos recios que hablaban de años de instrucción con las armas. Vestía jubón y calzas de un rojo tan oscuro que, en las sombras, parecía negro. De su cinto pendía una espada ropera y una daga, a la usanza boloñesa; los arriaces estaban arañados por el uso, el cuero de la empuñadura, oscurecido por el sudor. Pero lo que dominaba su apariencia, lo que hacía imposible mirar a otra parte, eran su rostro y las prótesis de oro que cubrían sus rasgos, fijadas mediante ganchos que se hundían en la carne. Donde debería hallarse la nariz, había una réplica áurea rodeada de cicatrices; cuando Falaguerra inspiraba, el aire resonaba por los orificios con un silbido estridente y metálico. En lugar de orejas había dos grotescos embudos de orfebrería; un refinamiento que contrastaba de forma obscena con el horror que enmascaraba. Los ojos de Falaguerra resultaban lo único humano en aquel rostro grotesco: eran verdes, y miraban al mundo con una mezcla de odio, dolor y amargura. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, negro como la tinta.

Castigo por sodomía, concluyó Julio. Y, sin embargo, belo aquí, al servicio del cargo que probablemente ordenó su ruina.

—Es un placer conocer a vuestra merced. —Extendió el brazo Julio, manteniendo la voz y la mano firmes. Pero él ignoró su diestra extendida, como si le ofreciera un trapo sucio.

—A Enzo no le gusta que lo toquen —le explicó el Podestà—. Tiene fobia a los miasmas. Confío en que, a pesar de todo, os llevéis bien.

Falaguerra se movía con una energía contenida. En todo momento parecía estar a dos latidos de lanzar una cuchillada.

—Será un honor servir con él a Su Señoría Ilustrísima —declaró Julio a desgana.

La carcajada del Podestà retumbó en la sala de audiencias como un trueno en una catedral.

—Sois un lameculos horrible, Julio.

—Eso dicen. —El capitán mantuvo una sonrisa educada y escueta.

—Me gustan los hombres tan adustos como vos. —El Podestà se puso en pie y pasó a su lado rozándole el hombro—. En esta ciudad, hay demasiados cortesanos, demasiados eruditos que sólo saben doblegarse y gemir. A veces uno anhela la rudeza masculina. —Se cruzó de brazos, evaluador—. ¿Pérez os soltó el discurso acostumbrado? ¿Las amenazas hacia mi persona, vuestro mísero salario, mis hábitos depravados?

—Hizo especial hincapié en vuestro insufrible carácter —declaró Julio, permitiendo que aflorase un vestigio de humor genuino—, y en que deberíais tomaros más en serio la seguridad de vuestro palacio.

El patricio boloñés esbozó un ademán desdeñoso.

—La tomo muy en serio, os lo aseguro —dijo—. Pero los protocolos resultan tan aburridos...

—Si queréis diversión —replicó Julio—, buscaos un bufón. Yo vine a hacer mi trabajo.

El rostro deforme de Falaguerra se tensó, su mano se deslizó una pulgada hacia la empuñadura de la espada.

—Esto es una pérdida de tiempo. —Su voz emergió de entre las prótesis con un tono sibilante—. Mi señor ya tiene un destacamento de seguridad. No necesitamos que venga un soldado fracasado para...

El español caminó hacia Marescotti con pasos medidos. Sacó la almarada de la manga y la dejó sobre la mesa con un golpe deliberado. Después, extrajo la cuchilla oculta en la caña de los borceguíes para depositarla a su lado.

Se impuso una quietud tan profunda que Julio pudo oír el gemido de la seda cuando el Podestà cambió de postura para contemplar el arsenal desplegado sobre la mesa. Lentamente, Marescotti comenzó a batir palmas y el sonido reverberó en la sala como el batir de las alas de un cuervo.

—Soberbio —murmuró con una turbia delectación—. Dicen que sois un enamorado de la historia romana, ¿sabéis por qué, antaño, en la vieja República, existían dos cónsules?

—Tras abolir la monarquía, los romanos temían que alguien volviera a acumular todo el poder —Julio respondió como un escolar aplicado—. Cada cónsul limitaba la autoridad del otro.

—Falaguerra y vos cumpliréis la misma función —aseguró Marescotti—. Él será el *Capitano dei Berrovieri*. Conoce bien la ciudad. Supervisará ciertos asuntos de seguridad cívica.

El español observó a Falaguerra, quien le devolvió el escrutinio con una expresión indescifrable.

—¿Qué asuntos exactamente? —preguntó Julio, manteniendo la compostura.

—Los más delicados. —Marescotti acariciaba la empuñadura de la almarada con el índice—. Los que requieren soluciones drásticas que no figuren en los registros. Vos seréis el *sottocapitano*, su subalterno: os encargaréis de organizar las patrullas. Un reparto de tareas razonable, ¿no os parece?

Aquel arreglo no suponía, ni de lejos, lo que Julio había esperado:

□ Aunque no estoy versado en los entresijos de Bolonia...

—No lo estáis. —Marescotti se apartó de la mesa—. He ahí la utilidad de que los alguaciles seáis forasteros. Veréis: en Bolonia, existen infinidad de asambleas cuyos asientos se reparten entre los principales linajes. Aquí el poder nunca es absoluto: se negocia, se contrapesa, se vigila.

—¿Y la Curia romana?

—El legado papal lo supervisa todo —respondió el Podestà—, pero no gobierna el día a día. ¿Qué sabéis de nuestras leyes?

□ Antes de alistarme fui alguacil en Sevilla □ respondió Julio con cautela□. Estudié el *Corpus Iuris Civilis* de los Cuatro Doctores de Bolonia.

□ Los cuatro grandes juristas que encumbraron nuestra universidad □ replicó Marescotti, complacido□. Definieron la justicia como «la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo que le corresponde». En Bolonia, existe un flujo oculto de dinero que ha de mantenerse para preservar el orden.

□ No estoy tan versado en conceptos jurídicos como vos □ replicó el sevillano□. Mas diría que los Cuatro Doctores se referían a la aplicación imparcial de la ley.

—¿Imparcial? —Marescotti rió—. Los jurisconsultos pueden debatir beatíficas teorías, pero yo he de gobernar una ciudad. La Curia apostólica me desprecia, el Consejo de Ancianos me teme... pero todos saben que mantengo el orden. Mas ahora, a causa la coronación, ese orden resulta inoportuno para gente muy poderosa.

—Queréis que os proteja de vuestros enemigos —murmuró Julio.

—Mis enemigos no me preocupan. Son mis amigos de quienes debéis protegerme. —El Podestà se inclinó hacia delante, apoyando el codo en el brazo del escaño—. He organizado una fiesta en el Voltone por la llegada de Carlos de Habsburgo. Una obra de teatro. Estarán presentes mis amigos: banqueros genoveses, delegados papales... Todos me sonreirán. Me llamarán amigo, protector, hermano. Pero cada palabra que pronuncien en mi oído será un veneno meticulosamente destilado. —Se levantó de su silla con un movimiento fluido—. Venid. Os mostraré algo.

El andaluz recogió sus armas y siguió a Marescotti. Atravesaron una puerta lateral para acceder a una logia elevada sobre un patio porticado, desde donde Julio atisbó el cielo gris de Bolonia, antes de que la arquitectura lo engullera de nuevo. Falaguerra los seguía, tres pasos detrás de su amo; su respiración a través de la prótesis componía una melodía siseante. Se adentraron en corredores donde escasa la luz se filtraba por ventanas tan angostas que parecían heridas en la piedra. A medida que descendían por una escalinata sin antorchas, el aire se volvía gélido, cargado de olores que Julio no quiso identificar: humedad, carne corrompida y algo grasiento.

—Ese es el Palacio Re Enzo —comentó Marescotti, con un tono distendido, al tiempo que señalaba una sucesión de estancias repletas de peticionarios—. Aquí se imparte justicia.

Los escribanos se inclinaban sobre una hilera de escritorios como cuervos sobre la carroña. Más allá, los cautivos abarrotaban las celdas, hombres y mujeres encadenados a los muros, algunos con marcas de tortura reciente: costras oscuras, muñecas en carne viva, ropa hecha jirones sobre piel amoratada. Uno de ellos, demacrado hasta la irrealidad, extendió una mano suplicante hacia Marescotti a través del enrejado.

—Por favor, Su Señoría Ilustrísima... Soy inocente. Por el amor de Cristo...

El Podestà pasó de largo sin prestarle atención, y Julio siguió su mirada hasta una mujer desnuda, acurrucada en el suelo de la celda contigua con un cepo de hierro en la garganta. Uno de sus ojos parpadeó al percibir el movimiento; el otro estaba negro y liso como una ciruela podrida.

Cada paso los alejaba más de la luz, de los sonidos, del paso del tiempo. Al final del pasillo, Marescotti se detuvo ante una puerta de roble reforzada con herrajes y extrajo una llave de la escarcela.

—Aquí —anunció, mientras la puerta cedía sobre las bisagras oxidadas con un chirrido— es donde el placer y el deber se confunden.

Miró Julio a su alrededor. En las paredes, la mugre descendía en regueros oscuros sobre palabras garabateadas y desvaídas por el tiempo. La escasa luz que vomitaba una claraboya caía en un torrente sobre una solitaria silla, en cuyos brazos había dos grilletes oxidados; el hierro estaba ennegrecido por el uso, no por el tiempo. No había otro lugar donde sentarse, salvo un escaño tapizado con terciopelo negro. El resto del mobiliario —sillas, caballetes, un potro de tortura— había sido apilado en los márgenes.

—¿Estáis soltero, Julio? —El suelo chirrió cuando Marescotti arrastró el asiento hacia la luz y se aposentó en él con los codos apoyados en los muslos. Falaguerra permanecía de pie a su lado, con los dedos rozando la empuñadura de la daga. La mezquina claridad no alcanzaba sus rostros, sólo los márgenes: una franja iluminaba la mandíbula del Podestà, los nudillos del sicario sobre el arma y el siniestro fulgor de las prótesis áureas.

—De momento, sí —respondió el español.

—Dicen que deseáis formar una familia —prosiguió Marescotti—. Mi madre era una mujer buena. Un auténtico ángel. —Hizo girar el anillo del índice, lentamente—. Mi padre protegió su inocencia con celo y fervor. «Las buenas mujeres no buscan hombres como nosotros», solía decirme. «Tendrás que hacerle daño... el único modo de conservar un ángel es cortándole las alas.» —Los labios del Podestà se curvaron en algo que no era exactamente una sonrisa—. Soy un pecador irredento que no anhela el perdón, Julio. No puedo juzgar a los hombres de ningún credo o nación, pues he visto la depravación más allá de toda medida. En esas noches atormentadas, conocí a Falaguerra y descubrí qué placer más puro se experimenta entre iguales, aunque uno deba someterse al otro.

Miró Julio hacia atrás, donde Falaguerra permanecía inmóvil en la penumbra, con el rostro convertido en una grotesca efigie de carne y oro.

—En los sótanos de este palacio hallaréis celdas —continuó el Podestà—, y también santuarios. Creedme: no son para débiles de espíritu, ni para esos ingenuos buscadores de placeres extraviados que confunden el beso del cuero con los juegos de alcoba. No. En estos sótanos, los demonios no se invocan: se baila con ellos, y las lágrimas son el bautismo a un culto sin nombre. Aquí

veréis cosas, Julio, que no debéis confiar a nadie. Cosas que os perseguirán en sueños. Cosas que os harán cuestionar qué significa ser humano.

El eco de su voz se fue extinguiendo y el silencio fue tan denso que Julio percibió, en algún punto remoto, un grito ahogado.

—La discreción es la mayor virtud de un hombre sensato —respondió con voz serena.

Marescotti aplaudió despacio y el sonido resonó en la piedra desnuda.

—¡Bravo! —dijo—. Una respuesta digna de un filósofo o de un espía. Como ya os dije, los extranjeros sois muy útiles como alguaciles porque no estáis atados a ningún linaje, pero eso también os convierte en las piezas más frágiles del tablero. Sin aliados, sin protectores... Si alguien desea eliminaros, no habría nadie que os vengase. ¿Lo entendéis?

—Con una claridad meridiana.

En algún lugar por encima de ellos resonaban los murmullos de la calle.

—Una cosa más —dijo Marescotti—. Bartolomeo Bevilacqua, el delegado papal, es un adinerado viudo de sesenta años. Hace unos días, sus tres hijos vinieron a verme: necesitan que alguien les resuelva un problema con total discreción. Al parecer, Bartolomeo se ha encaprichado de una mujer. Una actriz que actuará en la fiesta que he organizado por la llegada del Emperador.

—Y los hijos temen por su herencia —conjeturó Julio.

El Podestà extrajo del jubón una hoja doblada.

—Quieren que se investigue a la mujer: su origen, sus deudas, a quién debe favores. —Marescotti se volvió hacia Julio—. Si las pesquisas revelan lo que sus vástagos sospechan, que la actriz anda tras la fortuna de su padre, alguien habrá de convencerla de que Bolonia no le conviene.

—¿Y si la *persuasión* no basta?

El Podestà bajó la barbilla ante una pregunta que sin duda ya esperaba.

—Entonces, Falaguerra se hará cargo..., y la traerá a este lugar.

Observó Julio el papel en manos del Podestà y luego su rostro.

—Ese encargo —dijo— no tiene nada que ver con la misión que me trae a Bolonia.

—Cierto. —Marescotti sostuvo la hoja en el aire—. Mas, a cam-

bio del favor, podréis acudir a las reuniones de los mandos del alguacilazgo, la guardia pontificia y la escolta del Emperador.

Sin acceso a tales reuniones, concluyó Julio, estaría ciego: desconocería los itinerarios, los puntos vulnerables, el despliegue de seguridad, las decisiones de última hora. Sus avisos carecerían de valor.

—No es necesario que Falaguerra se haga cargo —respondió Julio, tomando el papel.

—Me alegra que nos entendamos —dijo Marescotti.

El nuevo *sottocapitano* de los *berrovieri* se reunió con Juanillo en el pórtico. Una vez en la plaza, el sol de mediodía los golpeó como un puñetazo y Julio parpadeó. El bullicio de la ciudad —los vendedores anunciando sus mercancías, los niños corriendo entre las columnas del pórtico— pertenecía a otro mundo, donde las amenazas se antojaban remotas y los monstruos no sonreían.

—Ese hombre apesta a perfume y azufre. —Juanillo farfulló después una maldición en su lengua materna.

El hispalense no respondió. En su lugar, contempló las torres de Bolonia, cuyas afiladas sombras se proyectaban sobre las calles en ángulos imposibles. Esa mañana había fracasado en su intento de controlar el alguacilazgo de la ciudad y, mientras se alejaban del Palazzo del Podestà, sintió el peso de una mirada en la espalda. Con la certeza nacida de años de intrigas y celadas, supo que Gaetano Marescotti los observaba desde alguna ventana y que evaluaba cada uno de sus gestos, mientras sopesaba el modo de convertirlos en piezas de su propio juego.